

el suyo, los oyentes exclamaron admirados: "¿Y cómo has podido sucumbir con esa arenga?" "Escuchad, les dijo, y se puso a declamar la de Demóstenes; interrumpido por los aplausos, exclamó, a su vez: "¡Qué sería si lo hubiéseis oído a él mismo!"

Sin embargo, para Demóstenes llegaba ya el momento crucial: su persona había experimentado el proceso psicológico de que nos hablara algún día Solón; para su fama tenía ya hecho el pedestal; sólo faltaba que la historia cogiera su figura y la consagrara en mármoles de Paros al compás del buril de Praxiteles; su muerte, envenenado por su propia cuenta antes de entregarse al traidor Arquías, es el dulce despertar de su inmortalidad y en el pedestal de su monumento bronceo se lee esta inscripción:

Si hubiera en ti, Demóstenes, podido
el valor competir con el ingenio,
no habría el macedón mandado en Grecia.

"Era el día 16 del mes Puanepsión, el más lúgubre de la fiesta de Ceres, en el que las mujeres ayunan en honor de la diosa sin salir de su templo", y la muerte consagraba a la inmortalidad al genio de los sistemas universales: Demóstenes, el vigor de una república extinguida.

He dicho.

ELOGIO DEL GRAN MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

Por HERNANDO RIVAS IRIGOYEN

I

Cuando con la deliciosa ingenuidad de los primeros años asistimos a la enseñanza elemental de nuestra historia nacional y recibimos poco a poco —y de manera generalísima— los retazos de nuestra magna epopeya libertadora, la vida de nuestros próceres va tomando cuerpo en nuestro candoroso intelecto. Ceñidos a la concepción rudimentaria del mundo e impregnados por esa mitología infantil, tendemos a idealizar, a convertir en héroes las figuras esencialmente humanas de los hombres que intervinieron en la gloriosa gesta emancipadora. Quisiéramos verlos entonces sin las flaquezas inherentes a su naturaleza y a los errores en que forzosamente tuvieron que incurrir. Así, a medida que se nos vierten sus biografías, a unos los vemos engrandecer como una flamante espuma pero en anotándose una sola de sus inevitables caídas, el héroe se nos derrumba y su culto presto se nos desvanece. Contemplamos así esa larga película por la que desfilan en tela de juicio los nombres de Santander, Córdoba, Soublotte y aun nos atreveríamos a afirmar, el mismo Bolívar; en todos ellos encontramos algo que no nos convence en definitiva; que no encaja en nuestra idealización; en suma, que es incompatible con la immaculada cristalización que deseamos forjar. A éste sólo una cosa nos lo desmerece; aquél desciende del pedestal a causa de tal actuación injusta y así... así... como es lógico, van apareciendo y desapareciendo nombres ilustres de los cuales —aunque apasionados por algunos de sus gloriosos hechos— no nos atraen en la parábola total de sus vidas. ¡Qué le vamos a hacer!... La juventud primera es difícil de contentar con ésa su manera preconcebida de enfocar los hechos del cosmos de acuerdo con sus cuentos infan-



tiles colmados de hadas y seres portentosos. Sin embargo, existe una figura que no acarrea esta forma de crítica. Ella nos parece fiel a nuestro pensamiento y su vida nos colma en la medida apetecida. Es sólo lealtad, fidelidad, cumplimiento de la palabra, matizada de indudables aciertos. Globalmente reúne los atributos soñados y en ella encontramos un distintivo curioso que nos subyuga: la uniformidad de sus actos, la línea recta e impecable de su conducta. Sin extraños sobresaltos, sin excesivos alardes, sin antinomias bruscas; su vida es una total armonía. La serenidad que encierra es sorprendente y se revela siempre como una de sus cualidades más preclaras.



Más tarde, la adolescencia nos imprime un sello propio; una manera de ser distinta al dilucidar los hechos históricos. Despojados ya de esa dulce mitología infantil, emprendemos por otra vía, si no antagónica, sí por lo menos totalmente diversa de la anterior. Nuestra posición ante los hombres y los acontecimientos de eras pasadas es de recelo y de cuidado. No las aceptamos sino después de una apología probada y contundente. A veces unas figuras que antes teníamos por indiferentes, nos atraen poderosamente, no ya por ser sin mácula y sin tacha, sino precisamente por lo contrario: por su veraz valor humano.

Amamos la pasión y nos afiliamos sin querer a los bandos formados por nuestros mayores que explotan esa misma pasión. Nos decidimos por una corriente política o social anatematizando sin piedad la opuesta. Y es natural, ya que no es otra cosa sino una manifestación de la edad y de las ardientes pasiones que llevamos dentro. Lo parcial nos toma por entero porque ya no contentos con una idealización por decir empírica, buscamos caudillos de carne y hueso que hayan tenido un desarrollo semejante al nuestro. Y es así —en este estado de ánimo— como nos adentramos en el análisis del proceso histórico. Pues bien. Aun dentro de esta colocación crítica para juzgar los hombres, la esfinge de **Antonio José de Sucre** en vez de empuñarse, se agiganta, brilla y se enriquece en mayor grado. Sigue triunfante, esplendente a nuestros ojos. La llevamos todavía fuertemente arraigada al corazón, gravada en signos indelebles, pero ya

a la luz de un punto de vista más acorde con nuestro juicio racional; en fin, más humano.



En la etapa de la relativa madurez (acentuación de la personalidad) un nuevo giro toma nuestra encabritante posición de antaño. La imparcialidad —“el dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”— es lo que constituye nuestra preocupación crítica. El separar los componentes históricos —analizados previamente— para colocarlos en su debido sitio es el trabajo que emprendemos con conciencia. El único que, recamado con el sello de la justicia, se cree capaz de colmar nuestros pensamientos. Es una labor más depurada y de equilibrio mesurado. Y es curioso: allí es precisamente cuando la estampa de Antonio José de Sucre surge más relievante, más limpia y cristalina. Demuéstrase así como lo que encierra un contenido verídico, resiste los embates de la crítica de todas las edades y los tiempos. Es así como se perpetúa a través de los siglos la persona del prohombre. Es así, en fin, como acatamos y levantamos en bruñido pedestal la eterna memoria de nuestros benefactores, perfilando en firme el fuerte armazón de la historia.

II

Entre las muchas cualidades que se vislumbran en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, tres son las más preeminentes, que contribuyen a resaltar su egregia personalidad. Su vida no fue sino el despliegue ordenado de estas tres virtudes, a más de otras accidentales.

En primer término su LEALTAD, tanto consigo mismo como con sus amigos y enemigos, y que toma mayor virtuosidad en tratándose de su más fuerte y ferviente amistad: el Libertador. Sus relaciones con el Padre de la Patria, más que las del compañero, tuvieron el carácter de las de un hijo incomparable, agradecido hasta la saciedad.

Supo pasar por alto sus errores, mínimos, si se tiene en cuenta la magnitud de su obra milagrosa.

La lealtad de por sí es una cualidad pura, si se considera en

abstracto; aunque es lo cierto que trata de personificarse en determinados casos. A tomar cuerpo en un ser y hasta confundirse con él. Y si en alguien puede haber esta personificación con propiedad, es en Antonio José de Sucre. Al referirnos a la lealtad, no podemos menos de evocar —por asociación de ideas— a quien a través de esa ejemplar jornada por el mundo, supo exaltarla y encaminarla a su cúspide. Los hombres no aparecen en el telón de la vida pública sin antecedentes, esporádicamente y de manera sorpresiva. La generación espontánea aplicada al surgimiento de los grandes no es de fácil aceptación. Multitud de hechos y actos —unos anónimos, otros sobresalientes— van acumulándose paulatinamente, como preludio, hasta estallar en el apareamiento del héroe; del hombre ampliamente dotado, de cuyo nombre se ocupará más tarde la historia fidedigna.

Y Sucre —desconocido para la generalidad de las gentes antes de la campaña libertadora y aun para nosotros antes de empeñarnos en descubrir curiosamente sus rasgos juveniles— poseía ya suficientes méritos, que lo señalaban como joven de brillante porvenir. Sus innumerables luchas como subteniente de la guarnición de Cumaná, designación hecha por la Junta Revolucionaria. Más tarde, afiliado a los insurgentes en tenaz pelea contra los feroces jefes españoles, Monteverde y el asturiano Boves. Sus gestiones en Trinidad, Margarita, Santo Tomás, Haití, etc., formando parte del grupo prestigioso, integrado, entre otros, por Soublette, Piar y Bermúdez. Participe de los angustiosos días que sufrieron los valerosos habitantes de la Ciudad Heroica, presa de cruel sitio. Dos veces naufrago, a punto de caer en las garras de la muerte. Fiel compañero de Mariño, a cuyo lado libró recias jornadas de reconstrucción o de matanza. En fin, incontables peripecias que colman los años del joven Antonio José de Sucre, antes de manifestarse estruendosamente, en los años que transcurrieron posteriores a 1816.

Simón Bolívar —el vidente por excelencia— fue el primero en descubrir esa alma ardiente y leal, que sólo esperaba órdenes de alguien que estuviera capacitado para dar la voz de mando; y el futuro Mariscal de Ayacucho, atraído también desde el primer instante por el poder genial que emanaba del entonces simple coronel Bo-

lívar, se subyugó a su amistad y juró en el fondo del corazón eterna gratitud a su jefe. Es verdad que en época anterior había servido bajo las órdenes de su paisano Mariño; mas nunca fue impelido hacia él en razón de su genio sino a causa de su disciplina, que bien sabía guardar como militar de ascendencia que era. Desde que Simón Bolívar había arengado con emoción por la libertad, en la Junta del 19 de abril de 1810, Sucre no pudo menos de pensar en la conveniencia que para Venezuela representaría el realizar las ideas de aquel que apellidaban iluso.

Desde entonces su destino —iluminado siempre por la antorcha de la lealtad— siguió la más recta de las líneas, hasta culminar en el martirologio de Berruecos.

Fue un ser que soportó —en miras a un bien común— crueles desilusiones, venenosas envidias, teniendo que vencer obstáculos poderosos, óbices casi insalvables, que se oponían con saña a sus generosos planes y a los no menos trascendentales del Libertador.

Su trágica muerte es el mejor tributo, el más asombroso signo demostrativo de su armadura de caballero de la lealtad. En cumplimiento de una tarea ardua, la conformación de la Gran Colombia, —agonizante y en vísperas de romper su unidad— se acarreó injustificadas envidias, y poco después fue vilmente ultimado por causas que son difíciles de descubrir.

Leal consigo mismo, supo guardar intacto el galardón de su honra en la vida privada y llevar sin mancha el immaculado tesoro de su reino interior, que tan meticulosamente cultivó. Y en la guarda de esa vida, reside la fortaleza humana. Es por ello que se repite a diario esta sentencia de infinito contenido: "El hombre entre más solo, más fuerte." Sus relaciones conyugales —por su parte— tuvieron el sello de lo intachable.

¿Y qué decir de la generosidad desbordante con sus enemigos? Bastaría, para ponderar su magnanimidad, el perdón prodigado a los vencidos en la gloriosa batalla de Ayacucho.

En segundo lugar, es preciso alabar su SERENIDAD. El equilibrio armonioso de sus facultades. Es por esto que su vida reúne los atributos de lo bello. La belleza —no obstante las complejas y variantes definiciones que pueblan las literaturas— ha llegado a con-

venirse que es —dentro de un heterogéneo paisaje de fuerzas— el factor que hace aunarlas, para formar un todo armonioso y equilibrado; un remanso donde los sentidos se extasían y descansan. Y en lo moral, ¿qué mejor ejemplo de belleza puede darse que la vida de este hombre, toda llena de armonías, de virtudes equilibradas, de espíritu sosegado y a la vez templado cuando las circunstancias así lo requerían?

Sucre fue un sujeto donde anidaba virilmente la BONDAD. Y por bondad entendemos el conjunto de las grandes virtudes teológicas: Fe, Esperanza y Caridad.

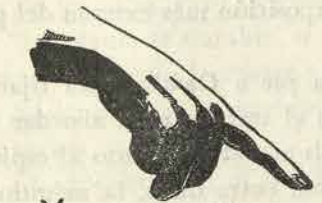
Tuvo fe en sus ideales y principalmente en la obtención de la libertad para los países oprimidos; fe en el genio que comandaba la nave de esa misma libertad, en la cual él iba gustosamente de subalterno. Esperanza en el valor humano y la entereza de sus soldados cuyas vidas no se sacrificarían en vano. Esperanza también en cristalizar —al final de la jornada— una patria amable para sus coterráneos: pobres o ricos, grandes y menesterosos. Caridad en su “amor al prójimo”, acendrado en su familia y exteriorizado en el favor a sus enemigos.

¿Es que acaso Sucre poseía la bondad innata, explicando así el milagro de su curso histórico? ¿Y la bondad innata existe? ¿Se posee en forma ingénita? Si bien es cierto que la herencia contribuye al afianzamiento del temperamento, inmodificable —éste sí— que nos hace inclinarse a la virtud o al vicio, no es menos verídico que otro factor, el carácter, es índice de la voluntad y playa donde concurren los defectos o las buenas inclinaciones. Y el carácter es adaptable, corregible y por decir así, forjable como el acero. Sin que dejen de pesar las influencias temperamentales, éstas pueden complementarse beneficiosamente en logro hacia un fin, gracias a la acción que nos proponemos ejercer sobre nuestro carácter. Lo que requiere coraje, trabajo fatigante y laborioso. La educación es en mira a conseguir un “bondadoso carácter”, que juiciosamente atemperado nos haga, si no virtuosos, a lo menos llevadera la vida en sus desconcertantes altibajos. Y este carácter es preciso domarlo a fuerza de grandes y pequeñas luchas interiores para así extirpar las defectuosas raíces del árbol que constituirá nuestra acabada personalidad. La vida de

Sucre es la de un gran luchador que consiguió la victoria de sus pasiones y brillantemente coronó su gloria.

Si la vida de Simón Bolívar alcanza lo sublime, y como tal se puede clasificar, la de Antonio José de Sucre es magistral por lo bella, grados ambos de valor extraordinario, que se complementan en la escala de lo eternamente imperecedero.

EL PROFESIONAL DEFIENDE SU PRESTIGIO...



Y
LYR
SE LO GARANTIZA!

